

El leonés Montero Padilla

El verano, culminante en la primera quincena del mes que corre (porque la Virgen del 15 de agosto y su consecutivo San Roque son ya un aldabonazo), nos derrama a todos por una geografía a la que no siempre alcanzan a tiempo las noticias postales, a donde incluso puede no llegar -para bien o para mal- el repicar insidioso de los teléfonos. Pero es el caso que el verano deja pequeñas islas de actividad; y no siempre rodeadas de océano azul, si uno piensa en la metáfora cereal de nuestros dorados mares de trigo. Son fechas sueltas, invitatorias, que unos afortunados pueden (podemos) disfrutar, al precio de que los alejados y los dispersos paguen sus éxodos con el reconocimiento. Yo sé que algún leonés que se tuesta en el abandono de costas exóticas, o que recorre viejas o novísimas ciudades, va a encontrar a su regreso la llamada -ya sin remedio, ya convertida en crónica- para un 8 de agosto del Año Santo de 1982, en un pueblo que sabe añadir las piedras justas del homenaje a su fisonomía cotidiana de piedra.

En Castrillo de los Polvazares se ha coreado el domingo nombres ilustres. Esta hoja apresurada se cerrará alrededor de un poeta. Porque una gran parte de esa fiesta de la amistad y de la cultura ocurrió precisamente en torno a nuestro director provincial de Cultura. Una titulación honrosa y correcta, ¡cómo no!; pero no del todo exacta para quien más que «dirigir» las cosas del espíritu, las vive y las convive con los demás.

Yo quisiera hacer una alabanza del poeta, creador en prosa o en verso, hombre de ideas y de palabras. Supiera hacerle un retrato, y el afán estaría cumplido sin necesidad de un solo adjetivo encomiástico. Mientras tanto, y porque no es injusto ni ocioso el anticipo, decir que el ahora hijo adoptivo de ese pueblo secreto y sin embargo abierto que extiende su rumor pedernal en la vecindad hermosa de Astorga, es una garantía y un lujo para cuantos en la accidental provincia de un viejo reino amamos una porción de música en la tarde o esperamos la llegada de un «autobús de libros» o la pintura o la fotografía o el teatro...

La garantía está en el pragmatismo de su despacho oficial, tan abierto y próximo a los latidos de la catedral como a la más mínima de las solicitudes.

Y el lujo..., señoras y señores: El lujo es encontrarse uno en el Ateneo de



Madrid o en una universidad extranjera, comentando una tesis profesoral o restableciendo el interés de «El sí de las niñas», removiendo el casticismo de Arniches o profundizando en Bretón de los Herreros... Y que sea obligatorio, halagador hasta la vanidad para un leonés de a pie (como el abajo firmante) el nombre de José Montero Padilla. También un leonés, en definitiva -y que lo sea por muchos años-: de la calle Sierra Pambley.

Antonio PEREIRA